

Froylán C. Manjarrez

Participación del escritor en la lucha de clases

Discurso pronunciado en la asamblea inaugural del Primer Congreso de Escritores Revolucionarios, celebrada en el salón de conferencias del Palacio de Bellas Artes el día 20 de noviembre de 1934.

Cuando una especie concreta de trabajadores adquiere la conciencia de que existe con todos sus atributos de clase, acumula un valor social en el acervo que constituye la fuerza de que dispone el proletariado para mantener la lucha que habrá de conducirlo a su liberación económica.

Advertidos los escritores de que el carácter específico de su producción los hace trabajadores, solidarios y responsables en grado eminente del devenir histórico de toda la comunidad, ya pueden formular los objetivos esenciales en que ha de proyectarse su acción, tanto para la defensa de sus intereses particulares de grupo organizado dentro de la lucha de clases como para rendir servicios eficientes a la colectividad.

Los términos anteriores pretenden resumir y valorar, siquiera sea en breve síntesis, los esfuerzos que para su propia organización vienen realizando los escritores revolucionarios, desde las reuniones de los camaradas que tienen por costumbre congregarse en mesa redonda, hasta la celebración de este Congreso, cuyos trabajos representarán, sin género de duda, una rica y cuantiosa aportación para la organización clasista que ha tenido el honor de convocarlos: el Sindicato de Escritores Revolucionarios.

Los escritores de México nos hemos propuesto no ser ya las individualidades dispersas cuya contribución en el movimiento social contemporáneo, aunque siempre importante, no ha podido encontrar otro campo de acción, ni otros rumbos, ni otros cauces, que los que se abren al azar de los acontecimientos.

Para ello, sabiéndonos proletarios, nos hemos constituido en organización sindical, resueltos a participar en la lucha de clases con toda la intensidad que ella demanda.

Y al situarnos como cuerpo de choque en la lucha de clases para oponer nuestra acción pensante a la de los que piensan por la clase opresora, al sentirnos plenamente conscientes de la responsabilidad que para nosotros significa el hecho de ser trabajadores que producen ideas y las propagan usando como herramienta la expresión escrita o hablada, nos preguntamos cuál ha de ser el sentido de nuestra producción ideológica, cuál el norte de nuestra acción, y

como respuesta encontramos pensamientos borrosos, sentimientos indefinidos, incertidumbre y vaguedad.

Entonces precisa ante todo que revisemos nuestra cultura entera, para deducir de ella la orientación que hemos de imprimir a nuestra labor, considerándola, como es, una función social.

Esta función social debe comprender: la exégesis materialista de nuestra historia; la revisión crítica de las doctrinas sociales y de los sistemas ensayados en nuestra época, para contrastarlos con los hechos consumados y con la experiencia adquirida; la integración teórica, cabal, ordenada, coherente, de la ideología del movimiento social mexicano, en la que se resume el sentido político de nuestra colectividad en el tiempo en que vivimos; el análisis de los postulados aún no llevados a la práctica, con el correspondiente estudio de las posibilidades existentes para traducirlos en realidades históricas; y el planteo de las prolongaciones lógicas que deba tener el movimiento revolucionario de México, considerado éste como fuerza interna de renovación y como aspecto fragmentario del movimiento social que se esfuerza en todo el mundo por abrir nuevos derroteros a la humanidad.

Las conclusiones a que llega el movimiento revolucionario que se inicia en 1910 representan, en el proceso dialéctico de la historia, un esfuerzo por lograr la síntesis en que se acumulen los valores sociales, económicos y culturales de las razas vencidas por el conquistador y amansadas por el fraile, con los valores sociales, económicos y culturales que son propios de la civilización de Occidente, en particular la técnica de la producción.

Por eso nuestra revolución —la que aún vivimos y en la que somos actores— tiene todos los caracteres de un movimiento renacentista que remueve los escombros del pasado para levantar el espíritu de las razas postergadas y sometidas en el transcurso desesperante de cuatro siglos; que se empeña en hacer de esas masas, que aún constituyen la gran mayoría de habitantes de nuestro territorio, gente capaz de intervenir en los fenómenos de la producción y del consumo en el grado que corresponde a los hombres de nuestro tiempo y de nuestra civilización; y que recoge, en fin, los estratos vitales de la estructura social precortesiana para incorporarlos en las nuevas formas que deben regir a nuestra sociedad.

El conocimiento de la historia, interpretada con un sentido económico, es el antecedente necesario

que nos puede llevar ahora, como de la mano, a la culminación del movimiento revolucionario actual.

Pero para conocer la historia, precisa investigarla previamente, y para interpretarla hace falta depurar nuestras propias concepciones sobre la naturaleza de las relaciones que condicionan la vida de los hombres.

Por eso me he atrevido a creer que la primera empresa trascendente que nos incumbe a los escritores revolucionarios es la de proceder a hacer la exégesis materialista de nuestra historia.

En la reciente reunión de nuestro sindicato señalaba yo la circunstancia singular de que la revolución nuestra difiere de la generalidad de los movimientos de su género —por lo menos en la época moderna— en el hecho de que no existió una elaboración crítica previa que sentara las bases de la organización futura querida por los revolucionarios. El pensamiento de los enciclopedistas, la hiriente ironía de Voltaire y el *Contrato social* son los antecedentes de la insurrección francesa que proclama los Derechos del Hombre. Las disquisiciones filosóficas de la "izquierda hegeliana", corregidas primero y batidas en brecha después por Carlos Marx y Federico Engels, permiten que el pensamiento prócer de estos dos grandes del socialismo prepare la revolución del 48 en Alemania y la Comuna de París, y que ese mismo pensamiento haya entregado al proletariado un documento de combate con el Manifiesto de la Primera Internacional. El genio de Lenin prevé la catástrofe del régimen capitalista, y con quince años de antelación articula sus planes y sus leyes para llegar, en el momento justo, a precipitar el derrumbamiento de los burgueses herederos de la barbarie zarista, y a construir con todo el material acumulado por el pensamiento en los largos años del exilio, la edificación del Estado colectivista integral. Y en México mismo las revoluciones de Ayutla y la Reforma no son sino consecuencia de la disputa anterior que libran los partidos avanzados por la implantación de sus concepciones políticas frente a la resistencia criminal y contumaz del clero y la reacción.

Por el contrario, en los veinticuatro años de que data la Revolución, todos los planes de alzamiento en armas, inclusive el de Ayala, todos los propósitos previos de los apóstoles y de los iniciadores son rebasados por el impulso creciente emocional o intuitivo de las masas, las cuales han sido las únicas determinantes del alcance de las reformas introducidas en nuestra estructura social.

Marx dice que la superestructura ideológica mueve al hombre para darse cuenta del conflicto entre las condiciones materiales imperantes y el germen que entrañan de su propia destrucción, a la par que para resolver ese conflicto. Esto explica por qué las revoluciones han sido siempre precedidas por la acción de los pensadores.

Mas cuando el rápido desarrollo capitalista de la época porfiriana determinó un cambio de condiciones económicas en nuestra organización semifeudal, el descontento de las masas se adelantó a toda posibilidad de acción de los intelectuales, en su gran mayoría aliados entonces de los *señores rurales* y de la naciente burguesía industrial. Por esto en 1910 la insurrección popular no encontró formulado un programa revolucionario de fondo.

Ésta es la razón por la que, al calor mismo de la lucha, las necesidades de las masas fuesen imponiendo la urgencia de expedir leyes que respondieran, en cada momento, a sus necesidades, muchas veces contradictorias de un instante a otro o de uno a otro lugar, formándose así nuestra legislación revolucionaria sin obedecer a una ideología definida.

El primer esfuerzo por dar cohesión e imprimir un sentido a la gestión social del Estado ha sido el Plan Sexenal; pero no nos libramos aún de graves antinomias que subsisten en el cuerpo de nuestras leyes fundamentales y que crean obstáculos al desarrollo del movimiento renovador, cuando no se traducen en causas generadoras de desorientación, principalmente por el impacto que produce en las mentes ingenuas la propagación de ideas que, por su simplismo sentimental, parecen obvias y hasta redentoras, cuando en realidad son peligrosamente antirrevolucionarias por las barreras que alzan en el proceso que debe conducir a la socialización integral de las fuentes de riqueza y de los instrumentos de producción.

A nosotros, escritores —supuesto que las tareas del escritor reposan en las empresas previas del pensamiento—, corresponde, en consecuencia, como decía yo hace algunos momentos, entregarnos a la revisión crítica de las doctrinas sociales y de los sistemas ensayados en nuestra época, para lograr la integración teórica, cabal y coherente de la ideología del movimiento social mexicano, en la que se resume el sentido político de nuestra colectividad.

La revisión crítica de la historia, que me he permitido señalar como uno de los deberes primordiales del escritor revolucionario, no entraña, como pudiera



creerse, una actitud de indiferencia acerca del presente y del futuro. Por el contrario, el análisis materialista de los hechos que precedieron al hoy inmediato, conduce desde luego a una revisión más certera, más documentada, de los cauces en que se desenvuelve la vida contemporánea y una mejor revisión para sentar las bases teóricas de la vida social que tal vez ya no nos encontrará como actores, que acaso ya no nos tocará siquiera presenciar.

En otros términos: deben los escritores revolucionarios tramontar sus miradas al futuro, escrutarlo en lo posible, determinar, con la clarividencia que es propia de los cerebros bien organizados, sus direcciones más viables. Y, por otra parte, deben contribuir al engrandecimiento del presente; deben, inclu-

sive, desinteresarse de su personalidad como artistas, de su prestigio individual de intelectuales, para hacer lisa y llanamente la propaganda de todas aquellas ideas fecundas en la lucha diaria del proletariado. Que esta propaganda ha de encaminarse a lograr la comprensión general de los postulados del socialismo científico es, desde luego, evidente que se deduce natural y espontáneamente del análisis de las condiciones que imperan y han imperado en la existencia de la humanidad.

Para que el escritor cumpla estrictamente su misión es preciso también que, atendiendo a los imperativos materiales, atienda con eficacia a la resolución de sus problemas económicos. No es posible exigir probidad crítica, afán de estudio, perfección estética ni poder de persuasión a hombres que se ven precisados a desempeñar, para subsistir, tareas ajenas a su vocación.

Cada vez que un grupo de escritores, de intelectuales revolucionarios, trata de organizarse o se organiza, surge en los órganos de opinión conservadora un concepto que, por extraño modo, hacen también suyo los extremistas de la izquierda. "Se trata —dicen esos señores— sólo de un grupo de empleados públicos, de oportunistas, no de escritores profesionales." Y es cierto ello en parte. Casi todos los escritores revolucionarios son empleados públicos o tienen afinidades con el régimen que ha presidido los destinos del país durante toda esta era de transformación.

Nada más natural. Es en el gobierno donde los escritores revolucionarios encuentran una fuente de ingresos sin tener que recurrir a renunciaciones extremas. Es allí donde se les garantiza, aunque sea precariamente, su derecho a la vida. Y es que los hombres de la Revolución descuidaron durante muchos años el problema de los intelectuales dignos de aportar esfuerzos generosos a nuestro movimiento social. Y así como se descuidó la escuela, como se olvidó la Universidad, se ha venido dejando los órganos de publicidad y de difusión del pensamiento totalmente abandonados en manos de los pensadores ultramontanos, de los poetas sentimentales aduladores de la dulzonería burguesa, de los panegiristas de los santones católicos.

Es por esto que adquiere importancia fundamental la existencia de un Sindicato de Escritores Revolucionarios, capaz de acudir con eficacia a la defensa del salario del intelectual y capaz también, por su acción, de conquistar del enemigo los equipos de im-

prenta, el papel, la tinta que deberían de haber servido siempre a los intereses de la colectividad.

En resumen: es indispensable rodear al escritor de condiciones tales que le permitan ser realmente un escritor, que lo hagan, no el hombre agotado en vanos empeños, que dedica actos fugaces a la forja de su obra y que al fin naufraga en la burocracia, sino el intelectual celoso de su preparación, anhelante por superarse, idealista en cuanto idealismo signifique no patrocinar jamás una convicción que no sea realmente la suya, no servir a otro interés que el interés positivo de las masas trabajadoras.

Tomado de *Izquierdas. Periódico de Acción*, México, 26 de noviembre de 1934.

